

Padre José María Valente Bover S.I

Anuncia Jesús su muerte y resurrección. 16, 21-23

Asegurada ya la fe de los discípulos y designado el que en su ausencia ha de hacer sus veces, anuncia el Señor por primera vez con aterradora claridad a sus discípulos su pasión y su muerte, y también su resurrección, que sólo veladamente había anteriormente insinuado.

Pedro, que, iluminado por la revelación del Padre, había reconocido y confesado la mesianidad y la divina filiación de Jesús, ahora, inspirado por «la carne y sangre», piensa y habla como un judío vulgar, llena la cabeza de quimeras mesiánicas. Está muy lejos todavía de haber «desaparecido el escándalo de la cruz» (Gal. 5, 11). Nada mejor que esa «prudencia carnal» del mismo Pedro nos revela el estado de opinión de los Judíos sobre lo que debía ser el Mesías, y la enorme oposición con que chocó la espiritualidad del divino Maestro. Hay que insistir en esta verdad fundamental: que el Evangelio y el cristianismo no pudo ser producto de causas humanas o naturales.

La áspera reprimiendo del Maestro avergonzó e hizo callar al discípulo, pero no le convenció. No tardarán en reaparecer nuevos brotes de ese mesianismo rastrero.

Necesidad de la abnegación. 16. 24-28

Formula aquí el Maestro la que más tarde llamará San Pablo «palabra de la cruz» (1 Cor. 1, 18), la que ha de ser el nudo vital de la ascética cristiana.

Hay peligro de que esta sentencia del divino Maestro, a fuerza de repetirla rutinariamente, pierda su profundo sentido y sus enormes alcances. «Si alguno quiere»: el Señor busca voluntarios, espíritus generosos. «Venir»: no ir lejos de mí, sino venir conmigo. «En pos de mí»: seguirme como discípulo a su maestro, como soldado a su capitán, como siervo a su señor, como vasallo a su rey: aceptando mi doctrina, abrazando mi programa, asimilándose mis pensamientos y sentimientos, imitando mis ejemplos, reproduciendo mi vida. «Niéguese a si mismo»: atrevase a decir que no, a responder con un no rotundo, a todo lo que brota de su propia naturaleza depravada, a su propio pensar, sentir y querer, a sus criterios naturalistas, a sus inclinaciones terrenas, a sus aficiones carnales, a sus miras mundanas, a su autonomía, a su propia voluntad, a todo cuanto representa o constituye su personalidad mundana, cediendo de sus derechos, no buscando sus intereses personales, en una palabra, «niéguese a sí mismo» todo entero. Y «tome a cuestras su cruz»: como quien, sentenciado a ser crucificado, carga sobre sus hombros el instrumento de su suplicio y de su muerte. «Y sígame»: por el camino de la amargura hasta el Calvario para ser crucificado como yo, para morir conmigo. En la cima del Calvario está la cumbre de la santidad cristiana. Los más altos vuelos místicos serán mercedes de Dios, que, si llevan a la cruz o van acompañados de la espiritual crucifixión, se habrán de

recibir con humilde gratitud y no sin temor; pero que, por, poco que desvíen del camino real de la santa cruz, serán ilusiones de la propia sensualidad, cuando no trampantojos diabólicos. Ni es otra la doctrina de Santa Teresa o de San Juan de la Cruz. Y ésta es la piedra de toque para apreciar los quilates de los diferentes sistemas ascéticos.

¡Divina paradoja! Ganar es perder, y perder es ganar. Es que «la vida» tiene dos sentidos: el sentido humano o naturalista y el sentido divino o sobrenatural. Quien se propone como objetivo de sus afanes «poner a salvo» lo que es vida a los ojos del mundo, «perderá» lo que es vida a los ojos de Dios. Y al contrario.

En esta sentencia se nos revela el supremo interés de la vida, de lo que realmente es vida, a cuya luz se esfuman todos los otros intereses de lo que se llama vida. Si hubiera muchos Ignacios de Loyola, que no se cansasen de repetir esta sentencia del Maestro, ¡cuántos Javieres volarían a llevar la luz del Evangelio a los que están sentados aún en las tinieblas y sombra de muerte!

Amanecerá por fin el día de la verdad, en que se disiparán los espejismos de esta sombra de vida; en que cada cual aparecerá lo que es en realidad y recibirá lo que merece.

El sentido más probable, y más conforme a la tradición patristica de estas últimas palabras parece referirse a la transfiguración del Señor, que va a narrarse a continuación. Acaba de hablar el Señor de la gloria de su última venida, que no, será sino mucho después de que hayan muerto los Apóstoles; pero añade que algunos de los presentes, aun antes de morir, podrán contemplar la gloria de aquella venida en su gloriosa transfiguración, que será como un preludio o una imagen anticipada. Y habla el Señor enigmáticamente, porque el favor que va a conceder a los tres discípulos predilectos ha de permanecer secreto.

(José M. Bover, S.L., *el Evangelio de San Mateo*, Ed. Balmes, Barcelona, 1946 pág. 333-336)